

Érase una vez veinticinco soldaditos de plomo que eran hermanos, pues habían nacido todos de un viejo cucharón. Fusil al hombro, vista al frente; rojo y azul, el uniforme era precioso. Lo primero que oyeron en este mundo cuando se levantó la tapa de la caja en la que estaban fue: «¡Soldados de plomo!». La exclamación procedía de un niño que daba palmas; se los habían regalado porque era su cumpleaños y los fue colocando sobre la mesa. Cada soldado era el vivo retrato del otro, excepto uno que era diferente: tenía una sola pierna, pues lo fundieron el último y no había quedado plomo suficiente.



Sin embargo, se mantenía tan firme sobre su única pierna como los demás sobre dos, y él era, precisamente, el más digno de atención.

Sobre la mesa en la que colocaron a los soldados de plomo había otros muchos juguetes, el más llamativo de los cuales era un precioso palacio de papel. A través de sus pequeñas ventanitas se veían los salones. A sus puertas se alzaban algunos arbolillos en torno a un pequeño espejo que figuraba un estanque en el que nadaban cisnes de cera y se reflejaban. El conjunto rebosaba encanto, pero lo más encantador era una doncella que estaba ante las puertas abiertas del palacio; también ella era un recorte de papel, pero llevaba una falda de muselina fina y una estrecha cinta azul por encima del hombro a modo de drapeado, y en su centro



resplandecía una lentejuela tan grande como su rostro. La muchachita tenía los brazos extendidos, como bailarina que era, y una pierna levantada a tal altura que el soldadito, que no lograba verla, creyó que solo tenía una, igual que él.

«¡Esta es la esposa que necesito! —pensó—. Pero es una aristócrata y vive en un palacio; yo solo tengo una cajita y somos veinticinco, ¡no es hogar para ella! ¡Aun así debo tratar de conocerla!». Y se echó cuan largo era detrás de una tabaquera que había en la mesa, desde donde veía bastante bien a la elegante damisela, que continuaba apoyada en una sola pierna sin perder el equilibrio.

Entrada la noche, los demás soldaditos se metieron en la caja y los habitantes de la casa se retiraron a sus aposentos. Los juguetes

